

cente sucumbió a una de las balas. Sin derecho a ceñir la corona, tuvo el de morir con el futuro Emperador.

\* \*

Vuelve a discutirse, o por mejor decir, sigue discutiéndose, cuál fué la patria verdadera de Cervantes. Como nadie ignora, el litigio está pendiente entre Alcázar de San Juan y Alcalá de Henares.

No puede negarse que, por ahora y mientras nuevas pruebas no se aduzcan, Alcalá de Henares tiene probabilidades de ganar; milita en favor suyo la constante y acaso rutinaria tradición, el asenso general, que poco a poco crea las certidumbres. Pero, con todo esto, no he podido menos de vacilar y meditar al leer una publicación muy curiosa a veces, *La Ilustración Manchega*, donde suelen publicarse artículos referentes al consabido pleito. En Alcalá de Henares, habiendo yo tenido ocasión casual de frecuentar algo este viejo pueblo tan rico en monumentos, por la estancia allí de personas de mi familia, me hablaron de la polémica, y me enseñaron la partida de bautismo impugnada por los alcázareños; y debo decir que hay en ella dos o tres detalles que me hacían fluctuar y me causaban extrañeza.

Cuando un hombre llega a la altura de un Homero, un Cervantes o un Colón, varias ciudades reclaman la honra de haberle visto nacer en sus muros. Cristóbal Colón pasó largos siglos por genovés. Hoy está, si no evidentemente demostrado, por lo menos muy bien apoyado, lo suficiente para engendrar convicción, que el Descubridor nació en Pontevedra, y que procedía de judíos portugueses. Al pronto, no faltaron zumbones. ¡Colón gallego! Porque hay quien supone que en Galicia sólo hay vacas, nabos y los corderillos de *Maruxa*.

Lo mismo que a Colón, puede ocurrir a Cervantes. La diligencia de los eruditos tal vez llegue a desenredar la maraña. Para mí, los derechos de Alcalá son dudosos, como lo es, piensan muchos pintores, el célebre retrato del autor del *Quijote*, que hoy preside las sesiones solemnes de la Academia de la Lengua.

\* \*

La discusión referente al lugar del nacimiento de Cervantes, no ha trascendido aún, puede decirse, al gran público. La mantienen eruditos e indagadores. Acabo de recibir, en este mismo momento, un número de la *Revista Religiosa*, dirigida por Padres Trinitarios descalzos, conteniendo un artículo firmado por D. Antonio Castellanos, donde anuncia un examen comparativo de las dos partidas de bautismo de Cervantes, la de Alcalá de Henares y la de Alcázar de San Juan, sin ocultar que tiene a la primera por apócrifa.

Y *apócrifa* no es la palabra exacta que he debido emplear. La partida de bautismo de Alcalá de Henares es auténtica, no forjada; sólo que, en opinión de los propugnadores de Alcázar de San Juan, no corresponde al autor del *Ingenioso Hidalgo*, sino a otro alcalaíno cuyo nombre se parecía al de Cervantes, sin serlo.

La cuestión puede dar mucho de sí, porque se han publicado numerosos documentos cervantinos, aunque sean limitadas las investigaciones sobre el terreno, de testimonios no escritos, de hechos reales. En esto va por buen camino el Sr. Castellanos, al buscar huellas y, verbigracia, descubrir en Consuegra el único escudo labrado en piedra berroqueña que de los Cervantes se ha encontrado en España.

Dos ciervas en campo verde,  
la una pace, lo otra duerme;  
la que pace, paz augura,  
y a la que duerme asegura.

El Sr. Castellanos se propone, en conferencias, periódicos y libros, demostrar que la pretensión de Alcalá de Henares a ser la cuna verdadera de Cervantes, es un sofisma. Y nos anuncia que, antes de 1916, habrá grandes sorpresas en cuanto se refiera a la verdadera patria chica del autor del *Quijote*.

Espero con el mayor interés, hasta casi con ansiedad, esas sorpresas, y la conferencia anunciada del Sr. Castellanos, que sentiré tenga lugar antes de mi regreso a Madrid. La poca experiencia que he podido lograr en estas materias de historia, me enseñó a fijarme siempre en las opiniones nuevas, con preferencia a las sancionadas por las costumbres. Si todo el mundo puede errar, y han errado en puntos concretos maestros como Menéndez y Pelayo, también puede acertar todo el que sinceramente estudie; y por eso, desde el primer instante de emitida, cautivó mi atención la que entonces era poco más que arriesgada hipótesis de D. Celso García de la Riega,

acerca de la cuna de Colón. Son materias en las cuales los que tienen el candil más encandilado pueden caminar a oscuras, y dar infinitos tropezones: porque si en lo recentísimo, en lo de hoy y de ayer, hay versiones contradictorias y cuesta trabajo restablecer la verdad de los hechos, ¿qué será en lo ya borrado y confundido por el tiempo, en lo que se presta a tanta duda, por su índole misma?

\* \*

No es la primera vez que tomo en cuenta la tesis que defiende el Sr. Castellanos con empeño. Confieso que una de las cosas que me impidieron atenderla desde el punto en que la conocí, fué el libro de Lizcano sobre la materia, obra muy poco afortunada, y en que muchos capítulos son meras rapidasias.

Para defender su proposición, Lizcano creyó oportuno empezar por escribir una reseña histórica de Alcázar de San Juan. Tiene ciertamente gloriosa historia la ilustre ciudad celtibera, pero, tomada desde el principio de los tiempos, no guarda gran relación con el punto debatido, y menos aun los prolijos recuerdos de Teodosio y Trajano, que así tienen que ver con Cervantes, como Maricastaña con el Gran Tamerlán.

Hasta después de un desfile de los anales históricos de España, no aparece en este libro algo que a Cervantes recuerde. Cuando asoma, ello es que preocupa, y da lástima que esté tan mal desvuelta la tesis. El ambiente de Alcázar es el ambiente familiar del *Quijote*. En la provincia de Ciudad Real y partido judicial de Alcázar están los pueblos y lugares de la geografía quijotesca: Argamasilla de Aiba, Puerto Lápiche, y próximas, las lagunas de Ruidera, la Cueva de Montesinos. Un capitán Cervantes aparece ganando por el esfuerzo de su brazo a los moros la villa del Toboso. De él, descendía el don Roque Cervantes, caballero de la orden de Calatrava, que murió en 1844 en Tembleque, y ostentaba en su escudo las dos ciervas, una durmiendo y otra pastando. En la propia comarca se encuentran numerosos Saavedras, y si se ha de creer a Lizcano, los Cervantes fueron allí legión. En suma, Lizcano, sin arte, aduce algunos datos que no cabe despreciar.

\* \*

Algo nos toca a nosotros, los de Galicia, en estas reivindicaciones cervantescas.

También recordamos que el linaje de los Cervantes es Galicia. Los Cervantes gallegos tomaron su apellido (según el P. Gándara, infinitas veces citado en materias de genealogía) de la Torre de Cervatos, que el Emperador dió a Nuño Alonso. Y siendo este mismo Nuño alcaide de Toledo, uno de sus hijos tomó ya el apellido Cervatos, sobre lo cual se ha fantaseado mezclando en la danza el toledano castillo de Cervatos o de San Cervantes.

En cuanto al apellido Saavedra, también es de origen gallego, como los son las nueve décimas partes de los linajes españoles. Saavedra procede de Lugo.

No quisiera partir de ligero en tan importante cuestión; digo importante, pues aunque el *Quijote* ni vale más ni menos porque lo haya escrito un alcazarreño o un alcalaíno, para estas dos ciudades, el ser cuna de Cervantes representa altísimo timbre de gloria, y comprendo que lo disputen encarnizadamente, y que busquen y revuelvan papelotes y acopien datos, a fin de asegurar tal prez. La cosa no es grano de anís. Por mi parte (sin la información detenida que requería el caso) me limito a repetir lo dicho ya hace tiempo: que de las dos partidas de bautismo cuyos facsimiles he visto, me satisface más la de Alcázar que la de Alcalá, pues evidentemente esta última dice *Carvantes* y no *Cervantes*, *Cortinas* y no *Saavedra*; pero hay, en los *Documentos cervantinos* del Sr. Pérez Pastor un facsimile que reza muy claro:

«Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares...»

Y lleva al pie la firma de Cervantes mismo... ¿Qué creer? Esperemos la campaña del Sr. Castellanos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lo que llaman el drama de Sarajevo; esa supresión instantánea y brutal de una pareja de príncipes, dos veces atacados en la vía pública, hasta lograr, en el segundo intento, arrancarles la vida, es sin duda para estremecer y para contarse entre las páginas terribles de la historia; pero amengua un poco el espanto que pone en el ánimo, pensar que el crimen *tuvo un objeto*.

Trataré de explicarme, para que nadie me achaque opiniones teñidas de ferocidad. Sería imputación infundada, porque detesto la violencia, aun reconociendo su inmanencia histórica, porque la solución de toda contienda se confía a la fuerza. Pero en este caso, lo que quiero decir es que, al lado de los crímenes anarquistas, sin más finalidad que el mismo terror, el de Sarajevo parece que está dentro de la lógica de la historia. Si hemos de creer lo que nos dicen los periódicos, fué manifestación de la protesta de Serbia contra la anexión de Bosnia y Herzegovina; un brote (todo lo bárbaro que se quiera) de nacionalismo. Y esto ya varia; esto no va contra la sociedad; no es destruir por destruir, ciega mente.

Si el crimen fuese anarquista, nos sublevaba, nos hería a todos, lo mismo en España que en el imperio de Austria, porque *sociedad* la hay en todas partes; siendo, como fué, un pleito de serbios y austriacos, nuestra indignación disminuye notablemente, hasta llegar casi a la indiferencia, aunque rindamos tributo de compasión y respeto a las víctimas.

Los matadores procedieron movidos por ese sentimiento cardinal, tan disminuido en nuestros días: el amor de la patria. Como dos romanos de los tiempos de Servio Tulio, inmolaron sus vidas en el gran altar, diciendo:

- Seguros de no poder huir, llevábamos con nosotros una provisión de cianuro de potasio.

El gesto será salvaje, pero tiene su dignidad, y recuerda siempre a la clásica Roma, en sus épocas más viriles y de mayor constancia y energía.

Para continuar comparando el de Sarajevo a los crímenes anarquistas, y notar mejor la diferencia, haré observar que, cuando se comete uno de los primeros, sobreviene un estupor, un asombro, como si se preguntase: ¿por qué, a qué, con qué provecho tal barbaridad?

Y hay algo que pudiéramos llamar aproximación de conciencias, para reprobarnos y detestar, partiendo de criterios muy distintos, tal género de atentados. En el trágico caso de Sarajevo, lejos de aproximarse las conciencias, se ha revelado muy a las claras su escisión; lo prueba la agitación contra Serbia en Austria, y la agitación contra Austria, en Serbia, todo ello con indicios, y amagos de *casus belli*. Luego el crimen convino a alguien, tuvo un fin determinado, histórico, como dije al principio.

Y esto amengua el horror que siempre infunden los regicidios, asesinatos y lanzamiento de bombas. No es ni siquiera un atentado político, como el de Portugal; sino un arrebatado de feroz independencia. Lo que ha sucedido es que la mayor parte de los que leyeron en la prensa el relato, creyeron que andaba en ello el anarquismo de acción. De todos modos, el acto es reprochable, es cruel. Una mujer ino-